

particular del cristianismo. Véase entonces que era en todo diferente de las demas opiniones religiosas por la insensata y repugnante tenacidad, que así se llamaba, con que preferia sufrir los tormentos y aun la muerte, á someterse á alguna observancia agradable, tierna, ó á lo menos insignificante, que la tradicion de los siglos habia sancionado.

CAPITULO III.

La cabaña adonde se dirigia Agelio cuando le hemos visto últimamente, era una casita de ladrillo, sin mas que una sala con un granero encima, y al lado una cocina, algo semejante á la santa habitacion que contuvo un dia el Verbo eterno hecho hombre, á la Virgen su Madre, y á San José, su custodio. Hallábase situada en la pendiente de la colina, y al contrario de lo que se usaba en Italia, el primer patio estaba adornado con una alfombra de yerba. A un lado una palmera magnífica, no obstante su distancia del agua, y al otro un grupo de naranjos, como que anuncia-

ban la fértil campiña que hemos descrito en nuestro primer capítulo. En los cuadros y lechos deleitaban la vista la azucena, el bacáris de color de ámbar y de púrpura, el dorado *abrotomus*, la encarnada celidonia y el iris de varios colores. Contra la pared de la casita habia granados de flores carmesí, el *pothos* ó jazmin estrellado y la simbólica pasionaria, que convenia perfectamente á la habitacion de un cristiano.

Esto era un indicio de lo que contenia el interior: en la pared de la sala estaba pintada groseramente una cruz encarnada, con palomas alrededor, como se ven todavía en los monumentos primitivos del cristianismo. La paz que disfrutaba la Iglesia hacia tanto tiempo, parecia haber borrado el recuerdo de la persecucion; y los cristianos, aunque muy prudentes en público, ejercian en sus casas todas las prácticas de su fé tan libremente como sucede hoy en la Inglaterra, donde ningun escrúpulo impide erigir crucifijos dentro de las iglesias y de las casas, si bien nadie se atreve á ejecutar otro tanto á la vista de los carriles de carruajes y de ómnibus que pasan por delante de ellas con

atronador ruido. Debajo de la cruz habia dos ó tres retratos, ó mejor dicho, bosquejos. El de la Virgen estaba en el centro, con las manos en actitud de orar, y teniendo á los apóstoles San Pedro y San Pablo á su derecha y á su izquierda. Al pié de la imágen se leía en caracteres mal hechos: *Advocata nostra*, título dado á la Virgen desde la mas remota antigüedad. En una banqueta estaba colocada una cajita con dos ó tres rollos ú hojas de pergamino, por cuyo exterior se venia en conocimiento de que se les manejaba, pero siempre con reverencia: eran el Salterio, el Evangelio de San Lucas y la Epistola de San Pablo á los romanos, en la antigua version latina. El Evangelio tenia una hermosa cubierta y adornos de oro.

En lo demas, la habitacion estaba provista de los objetos y utensilios propios de la cabaña de un campesino: una ó dos sillas, algunos bancos, una mesa, y en un rincon un monton de hojas secas y de juncos con una ancha cubierta carmesí, que servia de cama. En otra parte habia dos piedras de molino, fijadas en un marco, una de ellas con un manubrio en su eje para moler trigo.

Ademas, instrumentos de jardinería, cajas de semillas, un vaso con jarabe para curar la picadura del escorpion; el *asir-rese* ó *anagallis*, poderoso medicamento de la clase de los venenos, que se tomaba en vino contra el mismo accidente. Todo esto pendia de las vigas juntamente con un grueso haz de *atsir-tiplima*, especie de manzanilla, cuyas flores son mas pequeñas, pero al mismo tiempo mas olorosas que las nuestras, y que se empleaba como febrífuga. Se veia colgada igualmente una abundante provision de pasas, de la especie llamada *durazno*; y junto á la puerta una rama del *bargut* verde ó *poyllium*, destinada á ahuyentar los insectos.

El pobre Agelio sintió el contraste entre el impío tumulto de que acababa de sustraerse y la profunda tranquilidad de su habitacion; pero ni una cosa ni otra le satisfacian enteramente. Fuera de la cabaña no habia para él reposo, ni dentro hallaba consuelo. Solo en su retiro, solo en medio de la multitud, necesitaba simpatías, corazones que latiesen acordes con el suyo, amigos con quienes pudiera compartir sus alegrías y sus pesares; consejeros que consul-

tar; almas que, formadas como la suya, le comprendiesen, ó que, distintas de la suya le ayudasen y respondiesen á su llamamiento. Es sin duda una dura prueba para una alma, verse entregada á sí misma, sobre todo, si se trata de un jóven, en quien influyen tan poco la memoria y la experiencia, al paso que experimenta tan fácilmente las impresiones de la tristeza y el vicio. Mucho hubiera aprovechado á Agelio acudir á la confesion, aunque no se consideren sino los efectos naturales de este sacramento, y no los beneficios de un órden superior que proporciona; pero todavia no se habia acercado una sola vez al tribunal de la penitencia, limitándose á asistir en una ó dos ocasiones á la pública *homologesis* de la Iglesia. No debe, pues, sorprender que el pobre jóven empezase á sentir desaliento é impaciencia en la prueba; y nuestros corazones le seguirán sin duda con simpatía, si no con lástima, en sus esfuerzos por buscar en todos los ángulos del pequeño mundo de relaciones en que le habia colocado la suerte, á aquellas personas con quienes pudiera quizá entablar una conversacion mas tranquila,

un cambio de miras, de argumentos, de aspiraciones y de afectos.

“Nadie se cuida de mí, (dijo sentándose en un banco rústico). No soy nada para nadie. Sin tener la vocacion, soy un hermitano como Elías ó como Juan Bautista. Pero Elías sintió cuán gravoso era ser uno solo contra muchos; y Juan preguntó al fin al Señor: ¿Eres tú el que debe venir? ¿Estoy yo, pues, condenado á no tener nunca mas que el conocimiento de la verdad, sin sentir su consuelo? ¿Es mi destino pertenecer siempre á una gran sociedad divina, sin ver jamás el rostro de uno de sus miembros?”

Se detuvo como abrumado por lo inmenso de su desgracia; pero sus reflexiones cambiaron de repente y dijo: “¿Por qué no dejo á Sicca? ¿Qué es lo que me ata á la tumba de mi padre? Soy jóven, y mi interes por ella espirara pronto. ¿Qué es lo que me tiene alejado de Cartago, de Hipona, de Sirta, donde hay tantos cristianos?” Aquí se paró tan súbitamente como habia empezado, y un sentimiento extraño, en que se mezclaban el dolor y la sorpresa, se apoderó de su corazon. Le

faltó valor para continuar su pensamiento ó responder á la anterior pregunta. y cayó en un profundo abatimiento de espíritu, en el cual parecia haber cesado de pensar enteramente.

¡Valor, mi querido solitario, aunque no seas aún un héroe! Hay Uno que cuida de ti, que te ama, mucho mas de lo que tú eres capaz de cuidarte ni amarte. Pon todo en sus manos. El te vé y vela por tí. El esta inclinado hácia tí y se sonrie compadeciendo tus penas. Su ángel, que es el tuyo, te sugiere buenos pensamientos. El conoce tu flaqueza y preve tus errores; pero te tiene cogido de la mano derecha y no te soltarás, ni lo podrias aunque quisieses. Por tu fé, que has conservado tan sincera y firmemente en medio de la idolatría; por tu pureza que, como una flor hermosa, has cuidado y conservado en medio de la corrupcion, El se acordará de tí en la hora de la tribulacion, y tu enemigo no prevalecerá contra tí.

Pero, ¿qué significa esa sonrisa en la boca de Agelio? Es la respuesta del niño al padre que le ama. No sabe por qué, pero la nube se ha disipado. Hace

la señal de la cruz y se siente reanimado por dulces y vivificantes ideas. Invoca su santo Nombre, y es como un bálsamo que se derrama sobre su alma. Se levanta, y arrodillándose ante el terrible símbolo de su salvacion, empieza la oracion de la noche.

CAPITULO IV.

Habia aquella noche en las oraciones de Agelio mas fervor, menos esfuerzo, menos hábito maquinal que otras veces. Se levantó y encendió su lámpara de barro, que alumbró con sus pálidos rayos la habitacion, mostrando en el otro extremo á Juba, el cual habia abierto poco á poco la puerta y se habia sentado junto á ella, mientras que su hermano oraba. Una nube oscureció la frente de Agelio; pues no esperaba acostarse con la resignacion y la paz que pocos minutos antes habian llenado su alma. Pero ¿por qué debía quejarse? En este mundo nuestros consuelos se limitan casi siempre á armarnos de resolucion contra las pruebas que nos aguardan en

lo porvenir. Juba era un jóven alto, moreno, de mirada feroz. Tenia la cabeza inclinada á un lado cuando se sentó, y el rostro vuelto hácia el techo; sacudia la cabeza oblicuamente, arqueaba las cejas, contraia los labios y cruzaba los brazos, dejando oír al mismo tiempo una risa sorda y estraña.

—¡Jí! ¡jí! ¡jí! ¡Agelio, exclamó, con que estabas de rodillas!

—¿Y por qué no habria de estarlo á esta hora, respondió Agelio, antes de meterme en la cama?

—A la verdad, no se debe disputar sobre gustos, replicó Juba; pero en el concepto de un hombre despreocupado, hay algo de servil en ese acto.

—¿No profesas, pues, ninguna religion, Juba? dijo su hermano con alguna aspereza.

—Quizá sí y quizá no, respondió Juba; pero nunca profesaré una religion baja, rastrera y abyecta: puedes estar seguro.

—¿Qué es lo que te trae aquí á semejante hora? preguntó Agelio: ¿quién ha reclamado tu compañía?

—Vendré cuando se me antoje, dijo su hermano, y me volveré de la misma

manera. No tengo que dar cuenta de mis acciones á nadie, dios ú hombre, diablo ó sacerdote, y mucho menos á tí. ¿Con qué derecho me interrogas?

—Está visto, dijo Agelio, que no habrá para tí paz ni consuelo en esta vida, puedo asegurártelo, sin hablar de la vida futura.

Juba guardó silencio unos instantes, y entre tanto se mordía las uñas sonriéndose y dirigiendo una mirada oblicua hácia la tierra.

—No pido mas de lo que tengo, dijo al fin, y estoy contento.

—¿Contento de tí mismo? preguntó Agelio.

—Sin duda, respondió Juba, ¿acaso se necesita estarlo de otra cosa?

—De tu Criador, me parece.

—¡Criador! exclamó Juba levantando la cabeza con un aire de superioridad. ¡Criador!... Considero eso como una mera fábula.

—¡Oh, hermano mio! dijo Agelio, ¡no sigas por esa horrible senda!

—¡Seguir! ¿Quién ha empezado? ¿Tiene un hombre mas derecho de imponer la ley que otro? ¿Está admitida tan generalmente la creencia en su Criador?

¿Quién la ha inventado? Los cristianos. Sí, ellos han sido los inventores; y no obstante, el mundo marchaba perfectamente sin tal creencia, antes de la aparición de esos sectarios. Y ahora pregunto yo: ¿quién ha principiado esta disputa sino tú?

—Aunque así fuese, no habria hecho sino lo que debia, dijo Agelio; pero es incierto. Tú eres quien la ha principiado viniendo aquí. ¿Qué te se ofrecia en esta casa? ¿Con qué derecho vienes á turbar mi sosiego á tales horas?

No se percibia la menor apariencia de cólera en Juba; parecia tan desprovisto de toda clase de sentimientos de lo que se llama *corazon*, como si hubiese sido una piedra. Por toda respuesta se contentó con decir, señalando hácia los bosques: —He estado allá abajo.

Una espresion de agudo dolor se dejó ver en el semblante de Agelio, y guardó silencio un momento. Al fin dijo:

—¿Supongo no quieres dar á entender que has estado en casa de nuestra pobre madre?

—Sí quiero, contestó Juba.

Hubo otra pausa de algunos instantes; en seguida Agelio renovó la con-

versacion:—Has dado una deplorable caida en estos últimos años.

Juba movió la cabeza y cruzó las piernas.

—Hubo un tiempo en que creia que ibas á ser bautizado, continuó diciendo su hermano.

—Aquel fué un momento de flaqueza, replicó Juba, un momento no mas, precisamente despues de la muerte del anciano obispo. El me habia mostrado mucha bondad cuando aun era yo niño; luego me habia dicho algunas palabras de muger, de manera que tengo disculpa.

—¡Ojalá que entonces hubieses seguido tu impulso! exclamó Agelio.

Juba recobró su aire de superioridad. —Aquel acceso pasó, dijo, y he logrado ver las cosas mas claramente. La fuerza de carácter no es patrimonio de todos; en cuanto á mí, considero que una cabeza lógica deduce una consecuencia muy diferente; y se puso á menear la suya á derecha é izquierda, como si acabase de deducir una multitud.

—Bien, dijo Agelio bostezando y deseoso de terminar la discusion; pero ¿qué te trae aquí tan tarde?

—Me dirigia á casa de Jucundo, respondió, y ha retardado mi marcha el Soccoth-venoth en el soto cerca del rio.

Esta respuesta encendió de nuevo la disputa entre los hermanos. Agelio se puso pálido.—¡Infeliz! dijo, ¿qué tenias que hacer allí?

—Ver el mundo, respondió Juba, es indigno de un hombre no verlo. ¿Por qué no le veria yo? ¿Qué diversion! Los desprecio á todos como locos é idiotas. Allí estaban bailando á la redonda ó tendidos en el suelo, como cerdos, hechos una uva ¡monos y cerdos! Sin embargo, yo haré, como los demas, si se me antoja. Me embriagaré lo mismo que ellos, cuando me parezca. Soy dueño de mi persona, y no veria en eso ningun mal.

—¡Ningun mal! ¡Cómo! ¿no lo es convertirse en un mono ó en un cerdo?

—Tú no tienes ideas sanas de la naturaleza del hombre, respondió Juba con aire de satisfaccion. Nuestro primer deber es buscar nuestra felicidad. Si un hombre cree encontrarla siendo cerdo, deja que lo sea; y se echó á reir. ¡Cuán limitado es tu espíritu! Yo buscaré mi

felicidad, y hasta ensayaré ese medio, si me place.

—¡Felicidad! exclamó Agelio, ¿dónde has ido á buscarla? ¿Puedes dar el nombre de felicidad á tal degradacion?

—¿Qué entiendes tú de esas materias? dijo Juba. ¿Las has visto nunca? ¿Las has experimentado? Valdrias el doble entonces, y hasta que llegue ese caso no habrás salido de niño. Eres víctima de tu supersticion. Preferiria emborracharme diariamente, á andar en cuatro piés como tú, arrastrándome sobre el vientre á manera de un gusano, y aullando semejante á un perro que ha sido molido á golpes.

—¡Ahora, por mi vida! has de salir de aquí al instante, exclamó Agelio levantándose con violencia. ¡Vete! ¡Retirate! ¿Qué buscas aquí con esas blasfemias? ¿Quién te ha mandado á llamar? ¿Quién puede necesitar de tí? ¡Vete! ¡Vete! ¿No me oyes? ¡Sal de esta casa! ¿Por qué no te vas? Guarda tus discursos impúdicos para otras personas.

—Soy tan bueno como tú, dijo Juba.

—No me ofrezco como modelo, replicó Agelio; pero es imposible confun-

dir al cristiano y al infiel, como tú los confundes.

—¡El cristiano y el infiel! repitió Juba con lentitud. Parece que *están* confundidos, en el mero hecho de obsesarse mutuamente. Al pronunciar estas palabras, dirigió una mirada severa á Agelio, como creyendo haber dado en el blanco.—Si yo *fuera* cristiano, continuó, lo sería sinceramente; si no, sería un pagano honrado.

Agelio se sonrojó un poco, y se sentó como perplejo.

—Te desprecio, dijo Juba; no tienes el valor de ser cristiano. Sé consecuente y déjate asar en las parrillas; pero no, tu alma no es de este temple. Te asusta siempre el tío. Aun mas, te dejas seducir por esas mercancías pintadas, de las cuales, cuando te viene bien, puedes hablar en tono tan severo. Te desprecio. continuó, á ti y á todo lo que te rodea, ¿Qué diferencia hay entre tí y otro cualquiera? Tus compañeros nos dicen: "el mundo es vanidad, la vida un sueño, las riquezas un engaño, los placeres un lazo. *Fratres charissimi*: el tiempo es corto." Pero ¿quién ama el mundo, la vida, las riquezas y los placeres mas que ellos?

Todos vosotros sois tan apasionados al mundo, tan amantes de las riquezas, tan ávidos de reputacion y de poder como esos buenos viejos paganos que, segun decís, marchan derechos al abismo.

— Una cosa es tener conciencia, respondió Agelio, y otra obrar segun sus preceptos. La conciencia de esa pobre gente está llena de tinieblas. Tambien tú has tenido conciencia en otro tiempo.

—¡Conciencia! ¡conciencia! murmuró Juba. Sí, es cierto que tuve un día esa conciencia de que hablas. Sí, un día sentí un temblor de mal género, y anduve dando diente con diente y tiritando; como otro día se me puso mala una pierna y anduve cojeando; así, ya lo ves, tuve antiguamente una conciencia. ¡Oh! sí, y he tenido mas de una: las he tenido blancas, negras, amarillas y verdes, pero todas malas: lo bueno es que todas han desaparecido, y que hoy por hoy no tengo ninguna.

Agelio no contestó nada; su único deseo, como es fácil de imaginar, era verse libre de tan molesta visita.

—La verdad es, prosiguió Juba con tono magistral, que la religion era para mí una moda, la cual ha pasado ya.

Era el temperamento de un cierto período de mi vida. Por ello no fui mejor ni peor. Era una cosa accidental, como la frescura de mi rostro, que en breve (dijo esto pasándose los dedos por sus lívidas megillas) se habrá desvanecido. Yo obraba conforme á ese sentimiento mientras duró; pero tan difícil me es resucitarlo, como hacer que se reproduzcan mis primeros dientes ó el vello en mi barba. Esta en el número de las cosas que fueron.

Agelio continuó callado, tanto á causa de la fatiga como del disgusto; y Juba, despues de mirarle de un modo significativo, le dijo lentamente:—Te comprendo, tengo bastante penetración para ver que respecto de religion crees lo mismo que yo.

—No hables así bajo el techo de mi casa, exclamó Agelio, conociendo que no debia dejar pasar sin protesta aquel ataque de su hermano. He cometido muchos pecados, pero no el de incredulidad.

Juba meneó la cabeza.—Creo que puedo ver al través de una plancha de piedra tan bien como cualquiera otro, replicó. He dicho la verdad; pero eres

demasiado orgulloso para confesarlo. Esa es una de tus hipocresías.

—Bien, dijo Agelio friamente, acabemos. Se va haciendo tarde, Juba, y te echarán de menos en tu casa. Jucundo habrá preguntado por tí, y algunos de tus alegres camaradas pudieran maltratarte en el camino. ¿Por qué no usas polainas, amigo mio, continuó con sorpresa. Los escorpiones se aferrarán sin duda á tus piernas en medio de la oscuridad. Ven, deja que te ate al rededor algunas pleitas de paja.

—No temas por mí los escorpiones, respondió Juba; si llegare el caso, tengo excelentes amuletos que respetarán hasta el *Boolakog* y el *Uffah*.

Dicho esto salió de la cabaña con tan poca ceremonia como habia entrado en ella, y tomó el camino de la ciudad hablando consigo mismo y cantando trozos de aires salvajes mientras se alejaba; al propio tiempo sacudia la cabeza, y de vez en cuando soltaba la carcajada. Sin seguir el sendero ordinario, atravesó por en medio de la yerba espesa y mojada, y salvó con paso rápido el barranco que cortaba el camino real antes de llegar á la colina. Acompañaba su

marcha con un canto estrepitoso, cuya letra decia asi:

“Mi buen camarada es
El pequeño moro negro;
Cuando la noche está oscura,
Y en torno reina el silencio,
Bajo las ramas que forman
El ancha copa del tejo.

Este árbol lo plantó
El padre Cam, y no es cuento;
Criándole tan robusto
Con el rocío sangriento
De una veintena de chicos
Al ir su raza creciendo.

Pasando en fiestas la noche,
Cada mechón de cabellos
Arroja una viva lumbre,
Cada talón brota fuego:
E inútiles son las lámparas
Si está inflamado el aliento.”

Interrumpió de repente su canto una especie de gruñido que sonó casi bajo sus piés, y vió á un animal salvaje que huía ante él. Juba no mostró la menor sorpresa, limitándose á sacar del bolsillo un ídolo de metal, á decirle en voz baja algunas palabras y á presentarlo

al animal. En seguida trepó á lo alto del camino, llegó a la puerta de la ciudad, y se dirigió á la habitación de su tío, que estaba próxima al templo de Astarte.

CAPITULO V.

La casa de Jucundo estaba cerrada cuando Juba llegó; de otro modo hubiérais visto, supuesto que le acompañáis, uno de los almacenes mas magníficos de Sicca. Era el museo de la ciudad, y allí habia de venta, no solo artículos de estatuaria, sino bronce, mosaicos, joyas, todo dedicado al servicio del paganismo. Estaba brillante con los mil colores que adornaban las imágenes y las muchas luces que reflejaban la plata, el oro, el bronce, el marfil, el alabastro, el yeso, el talco y el vidrio. Los estantes y los gabinetes estaban llenos de mercaderías, no menos preciosas por su riqueza que por la perfeccion de su trabajo. Todos los gustos se hallaban allí reunidos: el popular y el refinado, la moda del día y el amor á lo antiguo, lo clásico y lo bárbaro. En